

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL C.

MANUEL H. SAN JUAN

EN LA CEREMONIA CÍVICA

ORGANIZADA

POR EL H. AYUNTAMIENTO DE LA CAPITAL

EL 5 DE MAYO DE 1903

EDICION DEL "BOLETIN MUNICIPAL"



MÉXICO

IMPRESO POR FRANCISCO DIAZ DE LEON

Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara

1903

AL SEÑOR PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA
GENERAL DON PORFIRIO DIAZ
CON LOS HOMENAJES
DEL MAS PROFUNDO RESPETO
El Autor

“Inmensos sacrificios han santificado la libertad de esta nación”

JUÁREZ.

Señor Presidente de la República:

Señores:

Todas las fechas gloriosas que solemnemente conmemoramos por hallarse inscritas con caracteres de luz en los fastos nacionales, pueden significarse en un lema tan hermoso por su expresión, como grandioso en su símbolo.

Son las fiestas de la patria, de la libertad y de la independencia. Son los himnos de un pueblo que canta las proezas de su maravillosa redención; son los salmos que entonan las tribus ultrajadas y oprimidas para consagrar la tierra en que nacieron, para proclamar los derechos que las ennoblecen, para ensalzar los principios que las dignifican.

Celébrase en Septiembre el nacimiento de la nación á la vida de los pueblos autónomos; la aparición de una sociedad

nueva en el concierto universal, evocada como en virtud de poderoso conjuro por el sublime grito del sacerdote libertador. Se recuerda en Febrero la promulgación del Código Fundamental de la República: ley de promisión, nuevo testamento predicado á las multitudes desheredadas y sellado con sangre. Se hace memoria en la festividad de Mayo, de la lucha titánica, desesperada y tremenda en que combatieron, como antes, el poderoso contra el débil, la fuerza contra el derecho, el crimen contra la justicia.

Fuerte y batalladora nuestra raza, desde la noche de los tiempos en que la vemos aparecer á la rojiza luz de las antorchas de la historia, hasta los días en que se dibuja en el tempestuoso cielo de las borrascas políticas el iris de celestiales promesas; fuerte y batalladora nuestra raza, su voz es el clamor de los combatientes, su canto las estrofas de la epopeya, su conquista los laureles de la victoria.

Apenas triunfa en la guerra de la emancipación, apenas rompe los vínculos que la ligaban con la antigua metrópoli, se empeña en fratricida contienda para constituirse conforme á sus anhelos y para llenar la noble misión que le está reservada en la vida de las modernas socieda-

des. . . Un trono se levanta y se desploma: el óleo de la consagración se convierte en la sangre del Calvario, y la exótica planta del imperio se marchita y muere en esta tierra pródiga y fecunda, cuyos jugos dan savia á los árboles seculares que se riegan con lágrimas del conquistador.

Epocas de duelo y de angustia, días de agitación y de conflicto. Los partidos contienden y desgarran con la crueldad de Nerón el seno de la madre patria; el hecho consumado es la ley; las conspiraciones se declaran en sesión permanente; el pronunciamiento conduce á la autoridad; los planes revolucionarios se improvisan como se improvisan discursos; los hombres del poder, pasan y se substituyen como las figuras caprichosas de una linterna mágica: la proclama sediciosa es la noticia del día, y el solio del poder se reserva en propiedad para el primer ocupante.

Años de heroicidad y de vergüenza! Mientras los hermanos se odian y se atisban y se acometen y se revuelven sobre la tierra inviolable destinada á la producción y á la riqueza del pueblo, la mano del invasor asoma codiciosa en la frontera, y la terrible palabra de amenaza repercute con eco formidable hasta

en los antros pavorosos del abismo

Los buenos combatieron como leones; los malos procedieron como viles; los patriotas sucumbieron como mártires. . . .

Y trazaron los vencedores una línea sangrienta sobre el mapa de la República y perdimos la mayor parte del territorio nacional.

Pasada la invasión de los americanos, quedan los gladiadores en pie, se encienden los antiguos rencores, y se derrochan en orgías revolucionarias los treinta dineros que se pagaron por la entrega del justo.

Iniciase otra vez el movimiento ascendente y descendente de los hombres que ocupan el sillón presidencial, y se establece una administración aparatosa y melodramática: republicana por el nombre, dictatorial por el espíritu, monárquica por sus títulos, sus oropeles, sus bordados, sus espadines, sus cruces, sus armiños y sus mantos caballerescos.

Resplandeció el sol de Ayutla, y dió su fuego á la revolución regeneradora, que trajo la Carta Magna del 57, y con la Carta Magna del 57 una guerra tenaz, despiadada, sin cuartel. El humo de las batallas entenebreció el cielo, se oyó el estampido del cañón por todas

partes, la muerte azotó con su guadaña nuestros campos, y en aquel festín macabro de todas las parcas, el cadalso trabajó como un taller, y se consumaron sacrificios como el de Ocampo, y hecatombes horrendas como las de Tacubaya.

Pero aquella revolución tuvo su fruto: amplió los horizontes de la idea; dió su credo á los apóstoles de la nueva doctrina, resumió en la Carta Fundamental los preceptos de una ley altamente sabia y democrática, fijó sólidas bases á los poderes públicos y señaló á las generaciones del porvenir el camino seguro del progreso.

El águila que surgió del nido en 1810, que se remontó al espacio en 1821, que cayó con las alas rotas en 1847, había cobrado fuerzas en las lides, había ensayado su impulso, y se lanzó á las alturas llevando entre sus garras la serpiente.

Triunfó el dogma nuevo por la verdad de sus predicaciones, por la ardorosa fe de sus creyentes, por la elocuencia de sus tribunos, por la inspiración de sus profetas, por el estoicismo de sus héroes y por haberse infiltrado sus creencias hasta en las últimas capas sociales

ávidas de libertad y sedientas de justicia.

Triunfó el dogma nuevo, y por todos los ámbitos del país, resonó la voz angustada de Juárez que decía: “Fué la reforma “el paladión de la democracia y el pueblo ha derramado profusamente su sangre por hacerla triunfar de sus enemigos. Ni la libertad, ni el orden constitucional, ni el progreso, ni la paz, ni la independencia de la nación hubieran sido posibles fuera de la reforma, y es evidente que ninguna institución mexicana ha recibido una sanción más solemne, ni reunido más títulos para ser considerada como base de nuestro derecho público.”

A semejanza de los emigrados griegos que despertaron la ambición de Darío y de Jerjes contra su patria, el partido reaccionario, buscó el auxilio de las naciones poderosas para justificar con especiosos pretextos la intervención extranjera en los asuntos interiores de la República. Por todas las cortes europeas corrió la voz de la insidia, la maledicencia y la deshonorra. Los que no pudieron establecer un gobierno ordenado y pacífico, manejan todos los recursos de la intriga de gabinete y supieron dar á su maquiavélica

diplomacia el giro necesario para obtener la fuerza moral, las armas y el dinero de que carecían. La intervención fué un hecho, y con la intervención el atentado. Se acusaba al partido constitucional de las faltas que cometió su enemigo; se invocaban las garantías de los extranjeros residentes en el país, el orden administrativo, y se apelaba al fallo de Dios formulado por la voz de los cañones para establecer la justicia internacional. En nombre de los derechos humanos, del orden y de la moral, fue invadido el territorio y quisieron llevarse los invasores en las puntas de sus bayonetas los giros de nuestra soberanía.

¡Pobre patria! ¡Pobre pueblo! Recibiste con el evangelio de la civilización cristiana, los azotes, la ignominia, la tortura; te predicaron los principios de la equidad, dividiéndote, destrozándote; llovieron sobre tí, todas las desventuras, te asediaron todas las iras, te estremecieron todas las catástrofes. Eras el pueblo Job, herido por la perfidia de Satán; eras el pueblo Cristo, calumniado por los fariseos, condenado por los príncipes de los sacerdotes y vendido por Judas. Te reservaban el cetro de la ironía, la púrpura de la irrisión, la diadema del escarnio;

protestaste con altivez, te erguiste con majestad, levantaste del polvo el lábaro de la patria y deslumbraste al mundo con los resplandores de una transfiguración.

México era el deudor insolvente, y respondió de sus deudas con toda honradez, era la sociedad que no sabía cumplir sus obligaciones, y enseñó cómo se llenan los deberes del civismo y del honor; era la República desordenada y turbulenta sumergida en los horrores de la anarquía, y se levantó imponente para defender su dignidad, y arrostró los azares de la guerra, sin medir el riesgo, ni contar el número de sus enemigos.

Era el pueblo de Cuauhtemoc, fiero en en la batalla y digno en la derrota. Era el noble descendiente de los hombres de Sagunto y de Numancia: cuando no podía vencer, sabía morir. . . .!

Los convenios de Londres se desbarataron porque no podía compadecerse el dolo de Saligny con la entereza de los enviados ingleses, con la caballerosidad, carácter bizarro y castellana hidalguía del general Prim. Los emisarios de Napoleón se encargaron de romper los preliminares de la Soledad.

Violados los principios fundamentales

del derecho de gentes, nada importaban sus fórmulas. Habló el asalto. La guerra estalló sin que fuese declarada. Era inútil: la pregonaron las bocas de los fusiles. . . . El monarca se hizo filibustero, el emperador echó su manto sobre la traición, y el águila de las Tullerías al ponerse sobre la tierra de Anáhuac, proyectó la ingente sombra de un buitre..

Porque no fuiste tú, alma Francia, sol del espíritu latino, solio de la civilización contemporánea, cátedra de la moderna filosofía, templo y santuario de las divinas artes, pitonisa de las excelsas revelaciones; no fuiste tú, madre de genios, cuna de grandes libertadores, y profetisa de redenciones sublimes: no fuiste tú la que atentó contra la soberanía de la patria mexicana, fué quien formó sobre cadáveres su trono; quien salpicó tus páginas de gloria con lágrimas y sangre, quien atrajo sobre tu pueblo el cataclismo. . . . No fuiste tú. ¡Fué tu verdugo!

La sagacidad y pericia de Doblado sólo sirvieron para establecer admirablemente nuestro derecho y para disminuir el peligro; pero sofocada la voz de la razón, tenían que abandonarse los fueros de la justicia á la suerte de las armas.

El 5 de Mayo de 1862 se hallaron fren-

te á frente el pigmeo contra el gigante; el David de las libertades contra el Goliath de las usurpaciones. Dios puso la piedra en la honda del pequeño para herir la frente del coloso y el fallo divino se proclamó, después de los fragores y los heroismos del combate, con los himnos de la victoria.

Aquel triunfo era un mentís á la impostura y una pasmosa revelación al mundo entero. La raza débil peleó como raza fuerte; las hordas que llamaron bárbaras, lidiaron como ejércitos civilizados; los hijos de Moteczuma no entregaron los prisioneros al Teopixque para que les arrancara el corazón, ni los llevaron al templo para ofrecer sacrificio á las deidades sanguinarias: enviaron á los prisioneros á sus campamentos, cuidaron con afán á los heridos, ensalzaron las hazañas de los adversarios y devolvieron las condecoraciones tomadas á los combatientes. Llenaron como soldados cultos los deberes de humanidad y cumplieron como caballeros las leyes del honor.

Ya no podía alardear Laurencez de superioridad sobre los mexicanos en moralidad y elevación de sentimientos, ya no podía vanagloriarse de llegar á ser dueño de México sólo con 6,000 solda-

dos. Aquella acción fué una señal prodigiosa de la virilidad de un pueblo, de lo que puede y de lo que vale, cuando se unifican su espíritu y sus ideas.

Allí ciñó sus últimos laureles Zaragoza, el joven paladín de la libertad; allí tenían su puesto los campeones de la reforma y midieron sus armas con los veteranos de Italia y de Crimea; allí mostró su brío el esforzado Negrete que dejó sus viejos compromisos de partido para acudir al llamamiento de la patria; allí esgrimieron su espada los que siempre la cubrieron de gloria; allí se hallaron los intrépidos batalladores que habían de herir el corazón y la cabeza del imperio; allí surgió á la admiración pública el joven caudillo que debía continuar, años después, la obra de Juárez, estableciendo un gobierno de paz en la Nación.

Por eso se recuerda este día como uno de los más gloriosos para México.

El 5 de Mayo de 1862, es una fecha de perdurable remembranza. Ella fija, según el sentir de un notable pensador, la época nueva en la historia del país. Ella da principio á la desastrosa campaña que trajo como resultado la fundación de un efímero imperio, y con la caída del im-

perio, el restablecimiento definitivo de la República. /

A pesar de los reveses de nuestras armas que, si fueron abandonadas por la fortuna, siempre estuvieron acompañadas por la dignidad y el honor; á pesar de las derrotas y los contratiempos, jamás se puso en duda el fin que había de tener aquella intervención oprobiosa.

Lo había adivinado el vencedor de Laurencez, lo había previsto el valeroso conde de Reus, lo había vaticinado Iglesias cuando con la intuición profética de un verdadero vidente, escribió en aquellos días: “Los invasores no serán dueños más que del terreno que pisen. Lo más que podrán hacer, será establecer un gobierno de burlas compuesto de traidores; pero no pasará de sueño lo de los grandes comicios abiertos bajo su protección, lo del voto nacional expresado bajo sus auspicios.”

Sí, nunca dudaron del éxito de su causa los grandes defensores de la nación. Ni cuando Puebla, Oaxaca y otras ciudades se rindieron, ni cuando caían prisioneros nuestros más denodados generales; ni cuando se fusilaba como forajidos á los patriotas; ni cuando se ocupó la capital; ni cuando el gobierno repu-

blicano emprendió su éxodo memorable llevando hasta los confines del territorio nacional la bandera de la patria.

La fe en los altos principios mantenida por los buenos ciudadanos, salvó á la República.

Esta lección es elocuente y provechosa para lo porvenir. Nos la dieron Juárez y los hombres de su gobierno con su heroica firmeza y su admirable constancia; nos la dieron los tribunos, que como Altamirano desafiaban con su palabra apocalíptica la saña de las cortes marciales; nos la dieron los bravos guerrilleros, que cobraban aliento en el infortunio y bríos en los desastres para luchar sin tregua ni descanso; nos la dió Escobedo, improvisando ejércitos, caminando con sus valientes compañeros de triunfo en triunfo, desde Santa Gertrudis hasta San Jacinto, y desde San Jacinto al Cimatario, y prendiendo al usurpador en su último refugio, donde recibió aquella espada de la desolación que se había levantado como tajo, en nombre de la equidad; nos la dió el General Díaz con sus espléndidas victorias coronadas por la gloriosa toma de Puebla el 2 de Abril, la batalla de San Lorenzo y el célebre sitio de la Capital, donde brillaron su inteligencia y severi-

dad como guerrero, y su nobleza de sentimientos como jefe vencedor; nos la dió en fin, el pueblo mexicano que, pobre, débil, trabajado, exangüe por tantas revoluciones y guerras, siempre tuvo dinero, víveres, energías, valor, abnegación, patriotismo y hombres para defender su dignidad y sus derechos.

No hay que temer á los colosos, cuando se tiene la conciencia de la propia justicia; ni doblegarse ante la adversidad, sino sobreponerse á los golpes del destino. La historia revela hasta dónde llega el poder de las naciones cuando emplean todos los recursos infinitos de su energía en sostener sus derechos, defender su independencia y conquistar sus libertades.

La Historia nos demuestra cómo salieron de las capas humildes de la sociedad, los hombres designados para guiar á las multitudes, representar á las razas, simbolizar las épocas, y dominar el destino de las naciones. Nadie podía adivinar en el humilde seminarista de Monterrey, Ignacio Zaragoza, que después fué comerciante y luego sargento, al denodado jefe que derrotó á Woll en el Saltillo y á Márquez en Guadalajara, que fué integérrimo liberal, que estuvo con González Ortega en Calpulalpan y que

por ser el que inició gloriosamente las victorias sobre el ejército invasor, dejó una fecha inmortal para la patria y dió su nombre á la ciudad de Puebla.

Puebla es la ciudad de los grandes ejemplos, y Querétaro la ciudad de las grandes expiaciones

En Puebla, los soldados de la patria, vencedores ó vencidos, enseñan á propios y extraños, con Zaragoza, González Ortega y Díaz, el modelo sublime que puede ofrecer un pueblo movido por los sentimientos de su valor y su grandeza. En Querétaro, la nación triunfante se coloca en su augusto tribunal, abre el proceso, desoye los clamores del rencor, los gritos de la venganza; escucha la defensa de los culpables, se mantiene impasible lo mismo á los ruegos de la piedad que á las intimaciones de los poderosos, y en presencia de los déspotas aterrorizados y ante la muda espectación del orbe entero. falla y castiga. ✓

Castigo cruento, pero ejemplar; grande, pero justo. Lo reclamaba la futura tranquilidad del país, lo pedían la nación invadida, la autoridad usurpada, las comarcas extensas de la República, transformadas en vasto cementerio.

Las armas de Escobedo quebrantaron

la cabeza de la monarquía, y la espada del jefe del ejército de Oriente, abrió las puertas de la Capital á los poderes constitucionales.

Instalado el gobierno en la metrópoli, y barridos como aristas por el huracán los últimos restos de la traición, se oyó la voz de Juárez, el jefe supremo, que decía: “Hemos alcanzado el mayor bien “que podíamos desear viendo consumada por segunda vez la independencia “de nuestra patria. Cooperemos todos “para poder legarla á nuestros hijos... “Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos á obtener y consolidar los beneficios de la paz.”

El mandato del Benemérito se ha cumplido. Las puertas del templo de Jano están cerradas. La nación adelanta y se engrandece; abre sus puertos y sus fronteras al capital y al trabajo; da cima á las más grandes empresas: sostiene decorosamente su crédito, cumple con puntualidad sus compromisos, y figura dignamente entre los países más cultos del universo. México ya no es el país de las revoluciones: ahora lucha contra la ignorancia por medio de la instrucción; combate la terrible peste con sus acertadas disposiciones gubernativas; habla en los

congresos con la voz de sus sabios, vence en los certámenes con los productos del ingenio, del arte y de la industria; convoca la solemne asamblea de las repúblicas americanas y predica en ella la paz como fin, y el arbitraje como medio para dirimir los conflictos entre nación y nación; México no es la sociedad del pronunciamiento y el motín: la armonía que existe entre el poder federal y los ciudadanos de la República, armonía que se funda en la comunidad de intereses, propósitos é ideales, ha sido por más de cinco lustros, ejemplo de solidaridad sin precedente en nuestra historia; ella fué el resorte de esta rápida transformación, material y moral que el mundo admira, y ella será el germen del futuro engrandecimiento de la patria.

La obra de la pacificación regeneradora del país realizada por el genio y la firme voluntad de un hombre superior, será infecunda si tropieza con el monstruo de las guerras civiles.

Es la obra de la nación y á ella le corresponde continuarla, es la herencia del pueblo y al pueblo le toca defenderla. La durabilidad del orden social es el fin práctico al que tienden con unánime asentimiento las voluntades. La paz sale

del rango de los hechos consumados para entrar en la categoría de las instituciones públicas. Sagrada como ley constitucional por el acatamiento que le prestan los ciudadanos, tienen que ser vínculo de alianza para todos los credos y partidos políticos, fundamento sólido en que se apoyen las legítimas ambiciones y los más puros ideales.

Cualesquiera que sean las contingencias de lo futuro, la paz debe ser la base de todo programa administrativo. Merced á ella las masas populares sabrán ejercitar sus altas prerrogativas, y con el ejercicio del derecho, bajo el imperio de la ley, las sombras del camino se disipan, los peligros amenazadores se conjuran y el problema del porvenir se esclarece.

Pueblo batallador y heroico! La sangre vertida en tus campañas y en tus sacrificios podía colmar las cuencas de los lagos; el fuego de tus ardimientos y tus contiendas, podía encender el cráter de los volcanes; emplea tu esfuerzo y tu vigor en mantener el orden, principio de toda prosperidad y escudado por tu ley y tus derechos, asciende por el sendero que conduce á las alturas sublimes de la justicia.

Del cielo donde se congregan los inmortales, del empíreo donde resplandecen los elegidos, baja como rayo de luz, en este solemne día, la palabra del gran reformador que repite: “sed tan grandes en la paz como lo fuísteis en la guerra . . . y la República se salvará.”

